

Padre Emmanuel André Amor y devoción al Alma de Cristo (IV)

19° La presencia del Alma de Nuestro Señor en su sacratísimo cuerpo.

Hasta aquí hemos hablado de la presencia del Alma de Nuestro Señor en los misterios de toda su vida terrena y de su vida eucarística. Faltaría hablar, para resumir, de la presencia de esta santa Alma en su cuerpo.

No podemos juzgar lo que obraba el alma de Jesús en su cuerpo por lo que sabemos de la acción de las almas en sus cuerpos después de su caída original. En nosotros, el cuerpo se ha convertido para el alma en un peso; la misma alma está sumergida en la ignorancia y en la concupiscencia. Nada semejante sucedía con el alma de Jesús; ella conservaba en su cuerpo su plena y total libertad, con una autoridad soberana y siempre incontestada. Ya sería esto un gran bien de esta santa alma; pero lo que queremos observar aquí es el hecho de la presencia del alma de Jesús en su cuerpo.

Vamos a esclarecer esta hermosa verdad mediante una breve frase del Doctor Angélico Santo Tomás, que dice: *El alma está toda entera en todo el cuerpo, y en cada una de las partes del cuerpo, y eso con todo su ser y con todas sus perfecciones.*

¡Cuánta luz proyecta esta enseñanza del Santo Doctor sobre todo lo que Jesús hizo, y sobre todo lo que sufrió en su cuerpo!

Cuando consideramos un acto cualquiera, un movimiento, una mirada, una palabra de Nuestro Señor, podemos decir: su alma está toda entera en ese acto, en ese movimiento, en esa mirada, en esa palabra.

Cuando lo consideramos como un niño envuelto en pañales, aprisionado en sus pañales y en el pesebre, sabemos que su alma aceptaba estas sujeciones, soportaba esta prisión, con todo su ser y con todas sus perfecciones, con toda su ciencia y con todo su amor.

Cuando, en su Pasión, Nuestro Señor recibía en su cuerpo una herida, una llaga, toda el alma estaba allí para aceptarlo y abrazarlo como un alimento conveniente a su amor por Dios y a su amor por nosotros. Así, el alma del Salvador estaba allí en cada una de las gotas de sangre de su agonía, en todos los golpes

de la flagelación, en todas las pinchaduras de las espinas de su corona; en una palabra, su alma estaba en todas partes, y en todas partes estaba con su amor.

¡Qué consoladoras para nosotros son estas consideraciones; qué amables nos hacen todos los movimientos del cuerpo adorable de Jesús, todos los pasos que dio por nosotros, todas las palabras de su boca, todas las miradas de sus ojos, todos los latidos de su corazón; todo, en una palabra! ¡Y qué cierto es decir que Nuestro Señor es todo amor! Sí, todo amor, pues su alma tan amante lo animaba y vivificaba todo con su amor; y por eso ella se convirtió a sí misma, y lo convirtió todo, en la gran víctima de amor.

20° Lo que debemos al Alma de Nuestro Señor.

Debemos mucho al alma de Jesús, pero principalmente le debemos la adoración, el amor y la imitación.

1° La adoración.

El alma del divino Salvador, estándole unida en unidad de persona, tiene derecho a todos los honores debidos al Hijo de Dios, y el principal de estos honores es la adoración. Tributémosle este honor con diligencia, con alegría: es la reina de las almas; todas las almas le deben su sumisión y su adoración.

2° El amor.

Cuando amamos bien –dice San Gregorio Magno–, *no hay nada entre las cosas creadas que amemos más encomiadamente que nuestra alma.* Y como Nuestro Señor amaba *bien* y ama eternamente *bien*, no ama nada tanto como su propia alma. Este amor del Salvador por su alma es la regla y la fuente del amor que nosotros debemos tener por su alma, yo diría casi por nuestra alma, puesto que El nos la da y nos hace vivir de ella en el Santísimo Sacramento.

Amar el alma de Jesús es amar a nuestro Dios, y es amar también a nuestro prójimo. Amar el alma de Jesús es el gran secreto para aprender a amar. Aprender a amar en la escuela del alma de Jesús, es ya comenzar a imitarla. Y nosotros debemos a esta santa alma:

3° La imitación.

El divino Maestro mismo lo dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11 29). El quiere que sus virtudes sean nuestras virtudes, que su alma sea el espejo de nuestras almas, o más bien que su alma sea el alma de nuestras almas. Y ¿para qué, sino para que El ponga en nosotros, con su alma y por su alma, todas sus santas disposiciones, su amor hacia su Padre, su amor por su Madre, su obediencia y su dulzura, su humildad y su paciencia, y en una palabra, todos los tesoros cuya plenitud ella posee, y de la que ella es la única fuente?

¡Bendito sea El, y bendita sea su alma!

21º Prácticas.

1º Los piadosos adoradores de la santísima alma de Jesús podrán comprender, por todo lo dicho hasta aquí, cuán importante es la parte que le corresponde a esta bendita alma en las fiestas de nuestro divino Salvador. Por eso, cuando, con toda la Iglesia, se dispongan a honrar los misterios de Nuestro Señor, presten especial atención a la parte que en ellos tuvo su santa alma, y hagan de ello el objeto de sus adoraciones y agradecimientos.

Este será, si se quiere, el estado habitual de los adoradores del alma de Jesús, a saber, adorar a esta alma divina en todos sus misterios, unirse a sus santas disposiciones de reverencia hacia su Padre, de amor hacia el prójimo, de humildad hacia sí misma.

A continuación, indicamos algunas prácticas más particulares a que podrán aplicarse los amigos de Jesús, si el espíritu de Dios las atrae a ellas.

2º Ante todo, queremos llamar su atención sobre la hora precisa de ciertos misterios. Así:

- **A medianoche**, los santos nos enseñaron a adorar el misterio de la Encarnación. Es para el alma de Jesús la hora de su creación, de su santificación y de su unión con el Verbo divino. La medianoche es también la hora de la venida de esta santa alma a este mundo, puesto que es la hora del nacimiento del Niño Jesús.

- **A la aurora**, es la hora de la resurrección de Nuestro Señor, es decir, de la reunión de su alma con su cuerpo. Este misterio debe ser adorado sobre todo el domingo por la mañana.

- **Desde el mediodía hasta las tres**, es el tiempo de los dolores del alma de Jesús en la cruz: se sabe que a las tres tuvo lugar la separación de su alma y de su cuerpo. Estos misterios merecen ser honrados más especialmente el viernes. El mismo día, después de las tres, se podrá recordar el descenso a los Limbos, y honrar al alma de Jesús en este estado hasta el domingo por la mañana.

- Todos los fieles saben que se llama **hora santa** a la que va desde las once de la noche hasta la medianoche, a causa de la agonía del Salvador. En esta hora dijo El: *Mi alma está triste hasta la muerte.*

- Por fin, **en cada hora** podemos adorar el alma de nuestro divino Maestro, ya la miremos gloriosa en los cielos, ya la consideremos con los ojos de la fe silenciosa y amante en el Santísimo Sacramento.

3º Para terminar, ofrecemos una breve oración jaculatoria que resuma todo lo que hemos dicho, e indique también el fin de la devoción al alma de Jesús. Es la siguiente:

Anima Christi, sanctifica me!

que aconsejamos rezar en latín, aunque queremos que se comprenda bien su significado, que es:

¡Alma de Cristo, santifícame!

22° A mi alma.

¡Alma mía!, ya sabes que Dios nos ha colmado de bienes. Su mano se extendió hacia nosotros, y nos sacó de la nada; su mano se extendió hacia nosotros, y nos sacó del pecado; su mano se extendió hacia nosotros, y nos dio esta gran abundancia de gracias que sólo El conoce bien, y que nosotros ignoramos por completo. ¡Oh mano liberal, divina, misericordiosa, por siempre adorable! ¡Cuántos bienes derramaste en nuestra nada, con cuántas misericordias reparaste nuestras caídas y borraste nuestras faltas! ¡Oh mano de Dios, que mi alma te bese, te adore y se someta a ti, siempre!

¡Alma mía!, ¿qué daremos al Señor por todos los bienes que nos ha hecho? No existíamos aún, y su amor ya nos conocía, velaba por nosotros y se preparaba a derramarse en nosotros, para concedernos tantos bienes!

¡Alma mía!, ¿qué le daremos al Señor? Somos pobres, y no tenemos nada que no hayamos recibido de Dios *por caridad*. Por caridad El nos ha dado nuestra alma, por caridad nuestro cuerpo, por caridad el santo Bautismo, por caridad el Espíritu Santo, por caridad la Eucaristía, por caridad todas las cosas. Puesto que Dios nos ha colmado así de caridad, ¿no es justo que también nosotros seamos todo caridad para con El, ya que por su caridad somos todo lo que somos? ¡Ah, alma mía!, ya hallé qué poder darle al Señor: le devolveremos la caridad. En resumen, amaremos.

El alma de Jesús nos enseñará a amar; iremos a su escuela, en ella seremos dóciles y obedientes, y con tan buen Maestro adelantaremos.

Benedic, anima mea, Domino!

¡Alma mía, bendice al Señor!

**Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti, para que con tus Santos te alabe
por los siglos de los siglos. Amén.**